

El Aneto por la cresta N. E. de la Espalda y otras cosas

POR AVELINO S. DE ISASIA

Casi no veíamos el Collado Maldito. Semioculto por enormes masas gris oscuro que fluían del valle de Gregüena, se agolpaban con violencia en el collado e impulsadas por el viento se desgarraban en las agujas de la Punta Astorg. El viento producía alaridos gemebundos y las nubes se derramaban con furia por la blancura cenicienta del glaciar.

Acabábamos de escalar la Maladeta por la cresta N.W. De pie sobre un bloque, con los anillos de cuerda en la mano, me detuve para contemplar toda la salvaje belleza del Collado Maldito, al que las nubes y el ulular impresionante del viento le daban amplia licencia para detentar su nombre.

Era llegada la hora del regreso, la hora de la retirada al refugio, llevándonos la satisfacción íntima de haber estado en una de las cumbres más altas y bellas del Pirineo.

Llevábamos varios días con suerte mediana, todos recordarán que el verano de 1960 no fue pródigo en días nobles. Hasta ese momento habíamos realizado la escalada del Aneto por la cresta N.E. de la Espalda, el Pico de la Renclusa y la Maladeta por la cresta N.W. Para el día siguiente habíamos proyectado la escalada del Diente de Alba desde el collado inferior de Alba. Cima que al montañero francés, Conde de Russel le hizo exclamar: «esbelta y aguda como la torre de un campanario».

Nuestra marcha a Pirineos comenzó mal. Partimos del pueblecito de Eriste y por el valle de la Aigüeta de la Vall alcanzamos la Pleta donde pensábamos realizar varias escaladas en los Eristes y Turets.

La Pleta es una explanada maravillosamente verde, cruzada en suaves mendros por un río, claro y puro como la voz de un párvulo. La rodean altas y agudas montañas con heleros en sus vertientes, los Eriste (3.053 y 3.045), el Beraldi (3.025), el Millaris (2.914), el Turets (3.014). La Pleta está cerrada por un enorme paredón por donde cae en prodigioso salto de unos doscientos metros una cascada soberbia.

Estábamos gozosos por la delicia del lugar, pero llegó el malhadado viento del oeste que fue aportando nubes gruesas y negras que entristecían el paisaje cuando no lo tapaban. A las seis de la tarde no se veían ni las bases de los picos. Al día siguiente el tiempo empeoró más y el amanecer nos sorprendió con un desconsolador sirimiri.

Decidimos renunciar a la primera parte de nuestro programa y esperar al resguardo del refugio de la Renclusa poder llevar a efecto la segunda.

Así que, abandonamos la zona de los Eristes y fuimos a los Montes Malditos. Llegamos a la Renclusa entre dos luces.

Otro día más de agua y niebla agotó nuestra capacidad de paciencia y al día siguiente aunque la lluvia continuaba y eran las doce del mediodía

decidimos hacer algo. A la una subíamos camino del cercano pico de la Renclusa.

Según nos acercábamos al Portillón Inferior las nubes se elevaban, tanto así, que pudimos ver el pico entre celajes de niebla. Entonces, abandonamos el itinerario normal y ganamos la cima por una canal que directa sube a la cumbre. Soplaban viento norte. ¡Mañana al Aneto!, y así fue.

Dos veces había subido al Aneto por la vía normal y las dos quedé satisfecho. El Aneto es una cima que me entusiasma, pero yo deseaba ver otros valles y otros aspectos de esa magnífica montaña, por esto mis amigos me permitieron elegir la vía. Y ya es momento de decirles quienes fueron mis compañeros: Jesús Odriozola, Chomin Gómez y un muchacho de quinto de bachiller, José Mari Susaeta. El primero y el último del Club Alpino Alavés y Chomin de la Agrupación Mirandesa de Montaña.

Amanecer espléndido, maravilloso, ni una nube. Por detrás del refugio y en dirección E. alcanzamos el collado de la Renclusa. Bajamos por la otra vertiente siguiendo la misma orientación. Poco después y antes de iniciarse el gran desnivel que conduce a la Font de Aigualluts torcimos a la derecha para situarnos en una reducida explanada y de aquí en marcha S.E. ganamos un portillo, visible desde la explanada.

Abundo en los detalles porque es el itinerario que se debe seguir para cruzar el collado de Salencas y es posible que algún montañero pueda aprovecharse de ellos.

Teníamos la mirada sorprendida por panorama tan magnífico. Se extendía intocable y estático. Queríamos con palabras rellenar el estupor de tanta grandeza, pero las palabras caían insulsas, inexpresivas y todo lo que no fuera contemplación pura era sacrilegio.

Proseguimos. Torciendo a la derecha (S.) bordeamos un espolón E. de la cresta de los Portillones. Volvimos a tomar dirección E. pasando bajo las alegres y bulliciosas cascadas del Salterillo. Estábamos bajo el glaciar del Aneto. Saltando de lamiar en lamiar y de llambria en llambria descendimos a una lóbrega cazuela, con base plana de hielo negro, salpicada de piedras. Paisaje de sacrificio y recogimiento, como el alma de un monje.

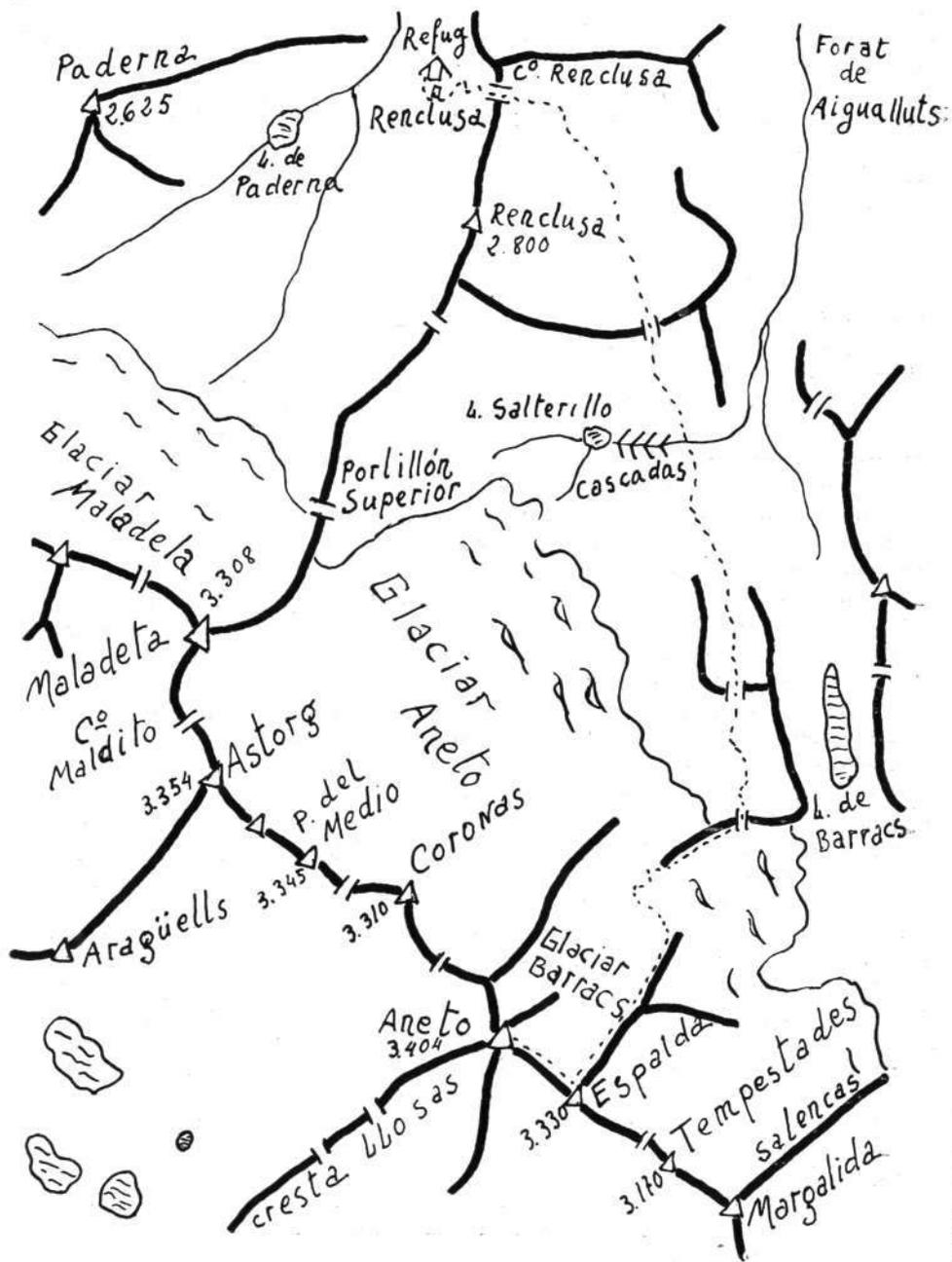
Seguimos por un valle angosto, especie de ataúd de piedra, no menos triste y sombrío que lo anterior. Todo resultaba allí yermo, con la faz adusta de lo estéril, apenas decorado con las cenizas blanquecinas del helero pretérito.

Ganamos el collado de Barrancs. El panorama cambia sin transición, brutalmente, de súbito, sorprende y anonada. Paisaje fantástico e inagotable.

Bajo los cielos perfectos del estío, celeste maravilloso, el Aneto con el glaciar de Barrancs, intacto, luminoso y terso. La cuerda granítica de Tempestades, lado de un ángulo, en que el Margalida viene a ser un bello vértice. Enfrente nuestro, el collado de Salencas y su cresta atormentada, componen el otro lado del pétreo ángulo.

Del mismo collado de Barrancs torcimos en ángulo recto, en dirección S. Trepamos varios resaltes poco difíciles para seguir por un lomo esquistoso, cabo pronunciado en el mar de hielo. Terminada la cresta nos hallamos en pleno glariar de Barrancs.

Desde nuestra salida del refugio la marcha es difícil, no por peligrosa, sino en cuanto a lo laberíntico del terreno se refiere. Fue una marcha de



aproximación que puso a prueba nuestras dotes de orientación y la fidelidad de los mapas que llevábamos.

Reposamos junto a unas peñas, que como islotes emergían de la nieve, por donde corría un hilillo de agua tan frío y cortante como el hielo de donde procedía. Allí comimos algo, ajustamos los crampones y nos encorramos, procediendo inmediatamente al asalto del Aneto.

Fuimos ascendiendo en zig-zag por el centro del glaciar. Como la inclinación no era excesiva y los crampones se introducían bien avanzamos al unísono, un poco más arriba variamos la dirección, acercándonos en diagonal ascendente a la rama izquierda (geográfica) de la arista N.E. de la Espalda del Aneto.

Esta arista tiene forma de Y invertida, correspondiendo el pie de la letra a la cumbre de la espalda.

El glaciar rondaba los cuarenta grados y como la nieve, todavía en la sombra, estaba muy dura me vi precisado a realizar muescas con el piolet y progresar asegurándonos. Unos veinte metros antes de llegar a la roca la inclinación aumenta sensiblemente. Poco después estábamos en la cresta. Aquí nos dividimos en dos cordadas para desarrollar mayor velocidad en la trepada. Chomin se ató con Odriozola y yo con José Mari.

Salvamos los resaltes de la cresta sin encontrar graves dificultades, salvo algún tramo descompuesto que nos exigió mayor atención. Rápidamente nos situamos en la conjunción de las dos ramas de la arista.

A partir de la unión volvimos a encontrar la cresta cubierta, en bastante cantidad de hielo, pero como la nieve se encontraba en buen estado y este tramo es fácil pudimos avanzar con cierta celeridad, llegando a la cima de la Espalda del Aneto.

Torcimos a la derecha siguiendo la cresta E. procedente de la arista de Tempestades. Superamos los bloques enormes y ásperos, que la constituyen llegando a la cumbre del Aneto.

Gozo saciado de una meta que no puede ser rebasada en Pirineos. Punto máximo de unas crestas que se suceden aéreas y cortantes.

Nada alteraba el cuadro silencioso de roca, cielo y hielo, sólo las nubes pasaban y repasaban dejando las manchas huidizas de sus sombras en la blancura del glaciar.

El descenso lo efectuamos por la vía normal, Puente de Mahoma, glaciar del Aneto y Portillón Superior.

Material empleado, una cuerda de treinta metros para cada cordada, anillos de seguro y mosquetones. En el hielo crampones y piolets. Dificultad, bastante difícil. Tiempo de escalada (incluido el glaciar) 2,50 horas. Cordadas, Jesús Odriozola, José María Susaeta, Chomin Gómez y Avelino S. de Isasia (ENAM y GAM).

<i>Situación</i>	<i>Horario parcial</i>	<i>Horario total</i>
Renclusa	—	—
C. Renclusa	13'	13'
Pequeña explanada	22'	35'
Cascada Salterillo	40'	1 h. 15'
Collado Barrancs	35'	1 h. 50'
Base escalada	52'	2 h. 42'
Aneto	2 h. 50'	5 h. 32'